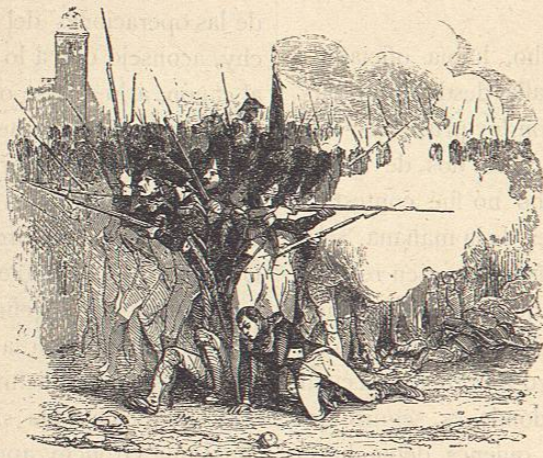


generales le arrastraron á Genappes. La persecución y la matanza no terminó sino con el cansancio y el día. Larrey, el gran cirujano francés que lo era particular de Napoleon, debió su vida á un cirujano prusiano.

Por encima de todo cuanto pueda decirse sobre la manera como se batieron los franceses en Waterlloo, hay un hecho que lo dice con toda su elocuencia. Los imperiales no perdieron en Waterlloo ni una sola bandera.



CAPITULO XXXIX

FIN DE NAPOLEON I

Retírase Napoleon á Laon.—Planes de Napoleon.—Resuélvese, por consideraciones políticas, á regresar á París.—Soult general en jefe del ejército.—Consternación de París.—La traición de Fouché.—Desconfía de la restauración napoleónica.—Pónese en relaciones con Wellington y Meternich.—Pónese en contacto con Vitrolles después de Waterlloo.—Induce con malas artes al Cuerpo legislativo y á Lafayette á que destituyan á Napoleon.—Hace Lafayette declarar en permanencia al Cuerpo legislativo.—Carnot y Luciano en el Eliseo.—Instan á Napoleon á que pida ó tome la dictadura.—Regnault aconseja la abdicación de Napoleon en favor de su hijo.—Irritación de Napoleon al saber lo hecho por el Cuerpo legislativo y ratificado por el Senado.—Desaliento de Napoleon.—No se decide á presentarse delante de las Cámaras.—Luciano y los ministros ante el Cuerpo legislativo.—Jay y Lafayette.—Retírase sofocado Luciano.—Consiente Napoleon en que se abran negociaciones para la paz.—Comisión parlamentaria: 22 de Julio.—Renacen las esperanzas de Napoleon.—Grouchy sano y salvo llega á Laon.—Envía Napoleon á Davout á las Cámaras para proponer que continúe la resistencia.—Irritación de las Cámaras.—Pide Duchesne la abdicación.—Amenázale Lafayette con la destitución.—Cede Napoleon.—Abdicación de Napoleon.—Felicítanle las Cámaras.—Ney en el Senado.—Su desaliento.—Considera irremisiblemente perdida la situación militar.—Verdadero estado de la situación militar de Francia.—Dominase la insurrección de la Vendée.—Triunfos sin consecuencias de Suchet, Brune y Rapp.—Gobierno provisional: Fouché presidente.—Procura Fouché deshacerse de Lafayette.—Envíale á conferenciar con Blücher y Wellington.—Procura Fouché alejar á Napoleon de París.—Retírase Napoleon á la Malmaison: 25 de Junio.—Procura hacerse suyo á Davout.—Situación política de Davout.—Cómo consideraba la situación.—Teme la reacción borbónica.—Asegúrale Vitrolles lo contrario.—Da Davout su consentimiento.—Apresúrase Fouché á convocar las cámaras.—Protesta de Carnot: 27 de Junio de 1815.—Acuerdan llamar á los borbones.—Noticias de Lafayette.—Renacen las esperanzas de los imperiales.—Suspenden las Cámaras su acuerdo.—Envíanse nuevos delegados á Blücher y á Wellington.—Niega Wellington á Napoleon los pasaportes pedidos por Fouché para que pudiera retirarse á América.—Adelántase Grouchy con el ejército á Blücher y llega á París.—Combate de Aubervilliers.—Blücher es rechazado.—Pide Napoleon el mando del ejército para destruir á Blücher.—Niégaselo el gobierno.—Fouché aconseja á Napoleon que escape.—Abandona Napoleon la Malmaison.—Declara Wellington á los comisionados de las Cámaras que hay que volver á Luis XVIII y les comunica la proclama de Cambrai: 28 de Junio.—Promesas liberales.—Situación de Grouchy y Davout.—Continúan los combates en los alrededores de París.—Exaltación del ejército y del pueblo.—Resuelve Fouché acabar de una vez.—Reunión del 1.º de Julio.—Pretende Fouché dejar á los militares la responsabilidad de la resistencia.—Severa contestación de Massena.—Patriótico dolor de Davout.—Promete aniquilar á Blücher.—Opónese Carnot á la batalla.—Batalla de Rocquencourt: Excelmans.—Mándala suspender Fouché.—Obedece Davout.—Consejo de guerra.—No cree conveniente la guerra.—Envía Fouché sus emisarios á Wellington.—Impone Wellington á Blücher que quiere entrar á viva fuerza en París.—Capitulación de París: 3 de Julio.—Retírase el ejército detrás de la Loire.—Fouché y Talleyrand.—Despecho de Fouché.—Fomenta la agitación en París.—Incomprensible conducta de las Cámaras.—Si su conducta merece ser censurada.—Entretiéñense en discutir una nueva Constitución.—Garat y Manuel.—Consiente Luis XVIII en nombrar á Fouché ministro de policía.—Cálmase la agitación de París.—Entran los anglo-prusianos en París: 7 de Julio de 1815.—Blücher gobernador de París.—Cinismo de Fouché.—Fin de la Comisión ejecutiva y de las Cámaras imperiales.—Entra de nuevo Luis XVIII en París: 8 de Julio.—Furores realistas.—Los ultras y el gobierno.—Fomenta Blücher la reacción.—Oportuna llegada de los soberanos aliados.—Licénciase al ejército.—La reacción en el mediodía de Francia.—Asesinatos de Brune y de Ramel.—Sanguinaria ordenanza del 24 de Julio: los cincuenta y cuatro.—Fusilamientos de La Bedoyère y del mariscal Ney.—Cómo se salvó el general Lavalette.—Fusilamiento de los hermanos Faucher.—Napoleon en Aix.—Por qué no llegó á tiempo para escapar.—Resuelve entregarse á los ingleses.—La hidalgua británica.—Entregan los aliados á Napoleon á Inglaterra: 3 de Agosto.—Depórtase á Napoleon á Santa Elena.—Su muerte: 5 de Mayo de 1821.—Juicio de Napoleon.—Charras y Luis Blanch.



NAPOLEON, de Genappes se retiró á Philippeville en donde iban concentrándose los restos de su derrotado ejército y señaló para punto de reunión general á Laon á donde llegó el mismo el día 19 por la tarde.

¿Qué iba ahora á hacer el gran capitán y el emperador? Ni lo sabía, ni probablemente lo supo al hacer lo que hizo. Fué su primer intentó quedarse en Laon para reunir á todos los dispersos, reforzarlos con la gente que pudiera y emprender una nue-

va y desesperada campaña para impedir ó retardar lo más posible la llegada de los aliados á París. Esto cumplía á su dignidad de general derrotado y esto debía hacer el hombre que había identificado al fin en su persona la causa de la patria y de la libertad. Pero sus cortesanos comprometidos en esta segunda restauración napoleónica, temieron que sin su presencia en París nada les sería tan fácil á los aliados como volver á entrar en la capital del imperio, y haciendo valer ante el irresoluto emperador los intereses dinásticos por encima de los de la patria le indujeron á que se marchase á París dejando en su lugar y en Laon á Soult el menos simpático de todos los mariscales, pero indudablemente uno de los más comprometidos, si exceptuamos á Ney, contra la restauración borbónica que no había de perdonar la defección á su ministro de la Guerra.

Napoleon regresó á París, en donde entró sin hacerse notar, y como si él mismo lo diera ya todo por perdido, en vez de instalarse en las Tullerías y de convocar inmediatamente las Cámaras para arrastrar á la nación con su autoridad y patriotismo á una guerra nacional, se fué al palacio del Elíseo, y dejó á las Cámaras abandonadas, sin decirles nada. Esto perdió definitivamente á Napoleon ante la opinión, y Carnot había de ser impotente al querer rehacerla demostrando que Napoleon vencido y todo era la única tabla de salvación que quedaba á Francia.

Había, pues, llegado el sálvase quien pueda, y aunque parezca imposible, Fouché creyó que no sólo podía salvarse él personalmente, sino que en esta segunda restauración podría representar el mismo papel que en la primera había desempeñado Talleyrand. Si esto salía bien, Fouché podía demostrar á sus detractores que servía para ministro de policía, pues, demostraba conocer muy profundamente á los hombres de su tiempo.

Fouché, sin embargo, había empezado sus manejos con los aliados en el mismo día en que Napoleon entró en París al regresar de la isla de Elba, porque no creía viable la restauración napoleónica, y sabía que Francia no estaba dispuesta para una guerra como la del 1792, y que por consiguiente, Napoleon había de ser vencido por el número como lo fué en el año 1814 y como acababa de serlo ahora en Waterlloo ó en 1815. Esto le dispuso á ser traidor sin excusa, y á la vez que volvía al gobierno de Napoleon y reocupaba el ministerio de policía, entretenía secreta correspondencia con Wellington y Metternich. Al saber la derrota del emperador púsose en contacto con Vitrolles, siempre el más activo y atre-

vido de los agentes borbónicos, mientras por otro lado empujaba á la Cámara baja y á Lafayette para que acabaran con Napoleon, diciéndoles que el pensamiento de Napoleon era disolver el Cuerpo legislativo.

La indecisión del emperador, su indiferencia por su situación personal, alentaba todas las combinaciones y esperanzas, renaciendo ahora, fomentada por Fouché, la de obtener de Napoleon la abdicación en favor de su hijo, para oponerle á la restauración borbónica, á la que eran contrarios los diputados. No pocos hubieran aceptado al duque de Orleans, pero esta era una candidatura revolucionaria, y Luís Felipe sólo podía ser rey de la revolución.

Habían las circunstancias creado una situación crítica, de aquellas que había conocido la Revolución y que Napoleon había ayudado á resolver, y sin embargo, este hombre continuaba en el Elíseo discutiendo con sus ministros y Consejo lo que debía hacer, cuando Lafayette hacía ya votar por el Cuerpo legislativo la permanencia de esta Asamblea y además una declaración de alta traición contra quien quiera que intentase disolverla. Napoleon, pues, ya no gobernaba.

Carnot y Luciano en el Elíseo le instaban para que se presentase delante de la Cámara á exponer la situación y á reclamar una dictadura suprema para salvar á la patria. Luciano, añadía, que si las Cámaras no la concedían debía tomarse de por sí esta dictadura, pero estos temperamentos enérgicos los contraretaba Regnault de Saint-Jean-d'Angély que se atrevió á proponer la abdicación de Napoleon en favor de su hijo. Mientras Napoleon discutía y probaba que era una ilusión esperar que los aliados aceptaran á un Napoleon, el segundo, no queriendo al primero, el Senado ratificaba el acuerdo del Cuerpo legislativo. El emperador que al saber lo que habían hecho los diputados habló de mandar allí á unas compañías de su guardia para disolver «la insolente Asamblea,» al saber el acuerdo del Senado desmayó, vió clara la defección, comprendió que se le podía aguantar pero no estimar y se resignó á la abdicación. Luciano procuró alentar á su hermano, rehacer su moral, pero todo fué inútil, no pudo nadie persuadirle á que se afrontase la situación y se presentase delante de las Cámaras, sólo accedió á que lo hicieran en su nombre Luciano y sus ministros. Esto era abandonar la partida.

Luciano hizo cuanto pudo para convencer al Cuerpo legislativo que era necesario que se uniese

al emperador. El diputado Jay movido por Fouché, como antes moviera á Regnault, propuso la abdicación. Luciano replicó diciéndole que si Francia abandonaba hoy, por haber perdido una batalla, al hombre que ayer aclamaba como su libertador, la historia la acusaría de ligera é inconstante. Entonces intervino Lafayette para pronunciar esta elocuente protesta: «Príncipe, le dijo, calumnias á la nación. La historia no acusará á Francia por haber abandonado al emperador Napoleon, sino por haberle seguido por demasiado tiempo. Por haberle seguido á los desiertos de Egipto y á las estepas de Rusia, en cincuenta campos de batalla, lo mismo en sus derrotas que en sus triunfos. ¡Es por haberle seguido demasiado que han perecido tres millones de franceses!» El efecto moral de esta réplica fué enorme. Luciano abandonó la cuestión y aunque tarde pudo convencerse de que sólo su hermano podía afrontar al airado Cuerpo legislativo que, no ignoraba ya lo que Carnot y el mismo Luciano habían propuesto á Napoleon, que buen cuidado se dió Fouché en hacérselo saber.

Retirados los ministros y Luciano, continuaba la Cámara como momentos antes, libre y sin dirección, y ya es sabido que cuando esto sucede no tardan los poderes legislativos en absorber y abrogarse la potestad ejecutiva. Pues Napoleon no gobernaba, ¿cómo no gobernar ellos que se mostraban dispuestos á hacer algo para salvar la Francia? ¿Cómo pensar en Napoleon, si Napoleon no estaba en su puesto?

Viendo, pues, Napoleon que no era posible contar con un levantamiento nacional en favor suyo, dijo que consentía en que las Cámaras nombrasen una comisión para abrir negociaciones de paz, y de esta comisión forman parte, entre otros,—noche del 21 al 22 de Junio,—Lanjuinais, Lafayette, Dupont de l' Eure, por el Cuerpo legislativo, y los comisionados del Senado fueron Andreossy, Boissy d' Anglas, Dejean y Thibedeau.

Con el día 22, lució por un momento un nuevo rayo de esperanza para Napoleon. Soult no sólo ofrecía que tenía ya reunidos más de veinte mil hombres, sino que el cuerpo de Grouchy que se había creído perdido, estaba en salvo y se le esperaba de un momento á otro en Laon. Luego existía aún un ejército, aún era posible la lucha, pero Napoleon, dominado por su inmensa soberbia, no pudo tampoco ahora resolverse á presentarse delante de las Cámaras, no quería comparecer delante de ellas dócil y reverente, quien tantas veces había insultado á sus diputados con su orgullo. Fué Davout quien

recibió orden de llevar á la Cámara tan interesantes noticias, pero que sólo podían causar efecto comunicadas por el hombre que tan grandes cosas había hecho con sus soldados. Este temor á las Cámaras acabó por perderle enteramente, y ya no fué solo Duchesne quien pidió la abdicación, muchos otros la reclamaron, y Lafayette se adelantó hasta anunciar que si por todo el día no venía la abdicación, él propondría la destitución del emperador.

Napoleon cedió ante las amenazas de Lafayette y abdicó por segunda vez en favor de su hijo. La Cámara, al recibir la comunicación de su abdicación, acordó que su mesa pasara á felicitarle por su generosa resolución.

¿Iban ahora las Cámaras francesas á presentarse á la altura de su misión? Sin entusiasmo, no son posibles las grandes resoluciones, y el entusiasmo no existía en ninguna parte. Ney, mas que otro alguno, contribuyó á enfriarlo, el héroe de Waterlloo, el hombre que hubiera debido continuar á la vanguardia de los valientes que se reunían en Laon y que ya ascendían á sesenta mil hombres, estaba ahora en el Senado. Al lado de Soult, sólo podía estar un mariscal de reciente creación como Grouchy. Ney, negó no sólo lo que Carnot y Davout aseguraban con razón, esto es, el estar ya reunidos en Laon sesenta mil hombres, sino que hasta negó que se hubiese salvado un soldado. Esto no quita para que no debiera reputarse por muy comprometida la situación militar.

Cierto que los insurgentes de la Vendée habían sido batidos y dispersados; cierto que Suchet había triunfado de los austro-sardos que habían penetrado por Saboya; cierto que Brune mantenía en respeto la frontera del Sudeste, y que Rapp en Alsacia, con solos veinte mil hombres, había batido á cuarenta mil austro-rusos, pero las grandes masas enemigas no por esto dejaban de rebasar la frontera. También los aliados fueron casi siempre vencidos en 1814 y acabaron por triunfar. Nosotros no creemos que Napoleon, puesto otra vez al frente de sus soldados, hubiese conseguido en 1815 más de lo que consiguió en 1814. Ney pudo, pues, exagerar, convencido de la imposibilidad de triunfar, pero, en suma, la situación militar de Francia, si no se quiere dar por perdida, como decía el bravo mariscal, debía reputar muy comprometida.

Ney, fué, pues sin saberlo, el hombre que más contribuyó ahora con su discurso á la restauración de los borbones.

Las Cámaras habían elegido un gobierno en su